

OSVALDO QUIROGA

El sueño
de los
justos



JAVIER CHIABRANDO

Un trueno
en la literatura
latinoamericana

VICENTE BATTISTA

Literatura
y
militancia

Página 2

Página 3

Página 4

télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TELAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 6 | NÚMERO 288 | JUEVES 9 DE JUNIO DE 2017

A 100 años
del nacimiento
de Augusto
Roa Bastos
somos testigos
privilegiados
de que una
de sus obras
hoy se ha
convertido
en un
clásico

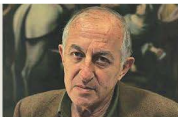


Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.org.ar

EL TRUENO QUE NO CESA

El escritor Juan Goytisolo, premio Cervantes en 2014 y una de las figuras centrales de la literatura española del siglo XX, murió el domingo a los 86 años en Marrakech, la ciudad marroquí donde residía desde hace varios años. Goytisolo fue uno de los escritores contemporáneos con más tradición narrativa de las letras españolas, uno de los más críticos y gran interlocutor entre la cultura europea e islámica.

Heterodoxo y polémico, nacido en 1931 en Barcelona estaba considerado el mejor representante de la Generación de los '50, conformada por hijos de la Guerra Civil española (1936-1939) que unieron sus reivindicaciones sociales a la preocupación por el lenguaje y la reflexión filosófica. Era hermano del poeta José Agustín Goytisolo (1928-1999), y del escritor y académico Luis Goytisolo (1935).



El sueño de los justos



→ OSVALDO QUIROGA

Autor de *Yo, el Supremo* y de *El trueno entre las bojas*, Augusto Roa Bastos (no solo por estas obras) es un referente ineludible de la literatura iberoamericana.

Presar la literatura de Augusto Roa Bastos es reflexionar sobre la intimidad de la historia latinoamericana desde una perspectiva subjetiva y a la vez social. No hay una obra más lograda sobre el poder de un dictador, sus vacilaciones, sus cotidianos ejercicios de maldad, sus contradicciones, sus ahogos y su vocación por la muerte que *Yo, el Supremo* (1974). La historia es conocida: José Gaspar Rodríguez de Francia gobernó Paraguay entre 1814 y 1840. Lo hizo como sólo los dictadores saben hacerlo: persiguiendo opositores y asesinándolos cuando lo consideraba conveniente, suprimiendo las libertades democráticas y perfeccionándose en el mal con esmero y perseverancia.

José Gaspar Rodríguez de Francia, figura tótemica de la novela, se consagró a la redacción de un interminable documento público, la Circular Perpetua, acompañado por Paritío, su no siempre fiel secretario. Por la novela de Roa Bastos circula una galería de personajes. No faltan los adúlteros, los intrigantes, los traidores, los misérrimos, los contritos y los hipócritas. La historia que Roa Bastos no es una novela histórica, es un monumento narrativo sobre el individuo y el poder, la marca de

la supremacía del discurso sobre la realidad, la psicología del tirano y, quizá lo más importante, los límites del lenguaje para expresar aquello que parece imposible de ser narrado.

Aunque a Augusto Roa Bastos se lo asoció con el boom de la novela latinoamericana, él nunca se sintió parte de ese grupo en el que se inscribían las obras de Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa o Carlos Fuentes. El camino de Roa Bastos fue diferente. Ya en su primer libro de cuentos, *El trueno entre las bojas* (1953), impuso un estilo que incluye tanto el monólogo interior como la descripción realista. De hecho, cuando en 1989 recibió el Premio Cervantes, se dijo que su obra resultaba inclasificable.

Si bien es cierto que la consagración mundial llegó para Roa Bastos con *Yo, el Supremo*, los temas centrales de toda su narrativa ya figuran en su primera novela: *Hijo de hombre*, publicada en 1960 y que de modo fragmentario abarca cien años de historia paraguaya. En ella impresiona el rigor técnico con que el autor traza su complejo relato y la fuerza expresiva de una prosa mestiza (mezcla de español y guaraní) que transcribe el habla regional. Protesta por la situación social y política de su patria, *Hijo de hombre* se apoya en una frase bíblica: "Hijo del hombre, tu habitas en medio de casa rebelde...". Roa Bastos delimita la condición del hombre desamparado, pero independiente, autónomo. *Hijo de hombre* presenta una realidad dislocada por recuerdos, impresiones y testimonios directos: la doctora Rosa Monzón explica al final que lo leído son las páginas póstumas de Miguel Vera, nacido en 1905 y muerto en 1936 como consecuencia de los disparos de un revolver que el mismo había prestado a un niño, accion para suicidarse con mano ajena. El último capítulo de *Hijo de hombre* hay una reflexión central para comprender no sólo esta novela sino los mecanismos que animan toda la obra de Roa Bastos. El personaje de la doctora Rosa Mon-

zón escribe una carta en la que sostiene: "Creo que el principal valor de estas historias radican en el testimonio que encierran. Acaso su publicidad ayude, aunque sea en mínima parte, a comprender, más que a un hombre, a este pueblo tan calamitado de América, que durante siglos ha oscilado entre la rebeldía y la opresión, entre el oprobio de sus escarnecedores y la profecía de sus mártires". Acotemos que estructuralmente la línea argumental se quebra más de una vez; la novela discurre en diferentes cursos temporales, simultáneos en algunas ocasiones, sucesivos en otras. El narrador presenta distintos personajes y a sí mismo como observador y protagonista. "Roa Bastos escribe Anderson

Imbert- crea personajes convincentes, los mete en situaciones conmovedoras, describe con vigor los horrores de la naturaleza, la injusticia, la muerte, y siempre hay en sus páginas, por naturalistas que sean, brillos de poesía. La novela es desigual en estilo, en tonos, en méritos: su unidad está dada, sin embargo, por su compasión".

Augusto Roa Bastos vivió cuarenta años en el exilio, de los cuales treinta los pasó en Buenos Aires, ciudad que amaba más que a ninguna otra. En 1976 se integró al plantel de profesores de la Universidad de Toulouse, en Francia, donde enseñó literatura y guaraní hasta 1984. En 1982, durante una visita que realizó a su país, fue expulsado del Paraguay y se le confiscó el pasaporte, acusado por el régimen de Stroessner de adscribir a la gente joven con ideología marxista. Como única prueba se presentaron documentos que demostraban que había estado en Cuba.

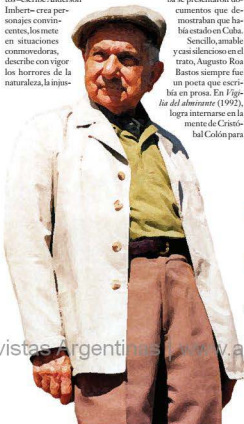
Sencillo, amable y casi silencioso en el trato, Augusto Roa Bastos siempre fue un poeta que escribía en prosa. En *Vigilia del almirante* (1992), logra internarse en la mente de Cristóbal Colón para

narrar una travesía donde los fantasmas internos se confunden con los externos. Como si el pánico a lo desconocido, y el valor de internarse en esa zona difusa de la conquista, fueran indispensables para emprender aquella travesía y llegar a destino. Fiel a su vocación democrática, Roa Bastos fue un opositor activo al régimen de Stroessner. En febrero de 1986 publicó una carta abierta al pueblo paraguayo en la que exigía una transición democrática. En toda su obra aparecen, de una u otra manera, sus ideas políticas. Bastaría con leer *El fiscal* (1993), *Madama Sai* (1995) o sus antropólogos de relatos, como *Lucha hasta el alba*, que data de 1979, para admirar a este hombre que intentó narrar, y lo consiguió, todo el dolor, la derrota y las desigualdades que siempre golpearon, y los siguen haciendo, a los habitantes de estas tierras.

Augusto Roa Bastos había nacido un 13 de junio de 1917. Los dictadores que el retrató en sus libros, y los que lo persiguieron, no murieron en paz. El escritor, en cambio, descansa en el sueño de los justos. Y su obra, lejos de cualquier paréntesis, sigue tan viva como cuando irrumpió en el campo de la gran literatura.

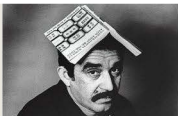
"Roa Bastos crea personajes convincentes, los mete en situaciones conmovedoras, describe con vigor los horrores de la naturaleza, la injusticia, la muerte, y siempre hay en sus páginas, por naturalistas que sean, brillos de poesía. La novela es desigual en estilo, en tonos, en méritos: su unidad está dada, sin embargo, por su compasión".

ANDERSON IMBERT.



Con decenas de muestras, ciclos literarios, instalaciones y ediciones especiales, Buenos Aires celebrará hasta fines de julio los cincuenta años de *Cien años de soledad* (editada el 5 de junio de 1967), la novela icónica del colombiano Gabriel García Márquez que se publicó en toda Latinoamérica y España gracias a la apuesta de riesgo que realizó una editorial argentina bajo la tutela del mítico editor

Francisco Paco Porrúa. A la luz de las múltiples influencias y derivaciones que provocó su aparición en una escena literaria dominada por las ficciones indigenistas y los vínculos hieráticos entre ficción y realidad, resulta difícil no imaginar un destino de grandeza para la saga de los Buendía, que lleva vendidos más de 50 millones de ejemplares y es la novela más popular de América Latina.



JUEVES 8 DE JUNIO DE 2017 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

Un trueno en la literatura latinoamericana

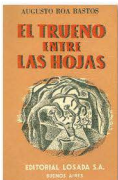


→ JAVIER CHABRANDÓ

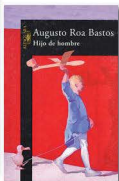
El escritor paraguayo, Augusto Roa Bastos, quizá no sea el más popular de los escritores latinoamericanos, sin embargo, su literatura tiene una marca única para instalarse clásico universal.

“Para zafarme de esa verdad que aprendí en las trincheras fue necesario que escriba todo aquello que vi entre el humo y el fuego de la Guerra del Chaco, pero manteniendo siempre lo que llamo el gran desorden creativo”, declaró en un reportaje Augusto Roa Bastos. El tema de fondo era su participación temprana, con apenas diecisiete años, en la Guerra del Chaco (1932-1935). Se había embarcado como voluntario en el barco de nombre *Hollandia*, junto a un grupo de amigos. Al llegar a la zona de combates serían destinados a asistentes de enfermería. Tenían la misión de trasladar los muertos, colaborar con los cirujanos y llevar alimentos, agua y proyectiles a los soldados, en plena batalla.

Si la guerra marca su literatura, como el mismo ha dicho, otra marca sería indudablemente el exilio, ya que Roa Bastos se vio obligado a dejar su país muy temprano y a vivir en Argentina, Francia y España. La tercera marca sería su condición de bilingüe, la relación con el guaraní y el español que formarían firma en su infancia, en Itikubé, un pequeño pueblo de la región del Guairá, donde pasó su infancia, y que luego utilizaría como escenario de sus relatos. “De este equilibrio de la cultura hispano-guaraní es de donde ha de surgir la literatura paraguaya del futuro”, diría luego.



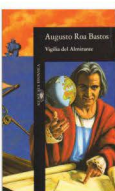
EL TRUENO ENTRE LAS HOJAS (1963).



HUJO DE HOMBRE (1960).



MADERA QUEMADA (1967).



VIGILIA DEL ALMIRANTE (1992).

Roa Bastos nació el 13 de junio de 1917 en Asunción. En 1930, con sólo trece años, escribió y estrenó la obra de teatro *La carcajada*. De la escritura de su adolescencia se conserva el cuento *Lucha hasta el alba*, que sería publicado mucho más tarde.

El exilio comenzaría en 1947, cuando el diario *El País*, del que era secretario de redacción, es atacado. Hacia poco tiempo que Roa había regresado a Asunción luego de un viaje de dos años por Gran Bretaña, desde donde escribiría crónicas sobre el final de la segunda guerra mundial. Luego del ataque, se refugia en la Embajada de Brasil por tres meses, hasta que un salvoconducto le permite viajar a Argentina. En Paraguay comenzaba el proceso que finalizaría con el golpe de Estado que llevaría a Stroessner al poder. Stroessner, a quien Roa llamaba Tiranosaurio, y cuyo régimen definió como “la más larga y oprobiosa dictadura que registra la cronología de los regímenes de fuerza en suelo sudamericano”.

En Argentina vivirá casi treinta años. Por entonces, Roa ya llevaba en su equipaje el primer libro editado, *El trueno de la avro-*

ra y otros poemas, de 1942. Dejaría Argentina en 1976, para retomar su vida de exiliado, empujado ahora por el golpe militar de Videla. El destino sería Toulouse, Francia, donde viajó invitado por la universidad en la que llegaría a ser docente de la cátedra de Literatura Hispanoamericana.

No por doloroso, el primer exilio no había dado sus frutos. Él lo explica así: “La única manera de mantener el vínculo con mi país, era la literatura”. En 1953 había publicado *El trueno entre las hojas*, su primer libro de relatos. En 1960 se publicaría *Hijo de Hombre*. Lo seguirían otros libros de relatos: *Los pies sobre el agua* y *Madera quemada*, de 1967, y *Muriciencia*, de 1969.

En 1974 dio a conocer *Yo, el Supremo*, su obra maestra.

En Buenos Aires, mientras su prestigio de escritor crecía, sobrevivió como pualo. Fue empleado de una empresa de seguros y corrector del diario *Clarín*. En 1958 comenzó su también prolífica carrera de periodista. En 1964 no tardó en convertirse en su principal fuente de ingresos. Entre otros guiones, escribió el de *El trueno entre las hojas* y *Sabuleto* para Armando Bo. *La sed* e *Hijo de hombre*, para Lucas Demare, y *Shunko* y *Alias Gardelito*, que fil-

maría Lautaro Murúa. También escribiría guiones para Enrique Carreras y Marcos Madanes, mientras que algunos de sus textos eran adaptados al cine por Manuel Antín, entre otros.

Regresa brevemente a Asunción en 1966 para participar de un encuentro de escritores. Otro regreso, el de 1979, estaría marcado por la sorpresa de la publicación del cuento de su adolescencia, *Lucha hasta el alba*, aparentemente perdido. Pero no todo iba a ser recuperar recuerdos, porque esta vez saldría del país formalmente expulsado por Stroessner, y acusado de ser vocero del comunismo internacional.

Ya por entonces, el exilio lo había llevado a España, que le concedería la ciudadanía en 1983. “No me quejo —diría Roa Bastos en 1995—, al contrario. Al exilio le debo infinidad de revelaciones. A pesar de las tristezas que me causó, sin el exilio nunca hubiera sido escritor”.

Su trabajo no se detendría sino cuando fue en 1994 cuando publica la versión teatral de *Yo, el Supremo*. Escribe para medios de España

y Latinoamérica. En 1986 da a conocer su “Carta abierta al pueblo paraguayo”. En 1989 obtiene el Premio Cervantes. “Tú el Supremo”, decía el telegrama que le envió Gabriel García Márquez desde México. En 1992 rompió con un largo silencio literario y da a conocer *Vigilia del almirante*, una novela sobre Cristóbal Colón. En 1993 publica *El fiscal*, un año después *Contrabando* y en 1996, *Madama Sai*. Durante esos años fue nombrado miembro de honor de universidades hispanoamericanas, europeas y norteamericanas. En 1996 regresó definitivamente a Paraguay, luego de casi medio siglo de exilio. Su gran enemigo, Stroessner, había caído en 1989.

Roa Bastos siguió trabajando hasta su muerte, el 26 de abril de 2005, luego de un accidente doméstico. Tenía 87 años. Dejó una novela inconclusa y un libro de aforismos, ambos de paradero desconocido.

“El pueblo lo despidió con honores”, dice Mario Molino, hombre que amaba el deporte, que en su juventud había ganado premios consuetudinarios, que era un ciclista de buenas marcas, y al que le gustaba escribir letras de canciones.

Se había ido el autor de *Yo, el Supremo*.

El cantautor estadounidense Bob Dylan envió a la Academia Sueca su discurso de aceptación del premio Nobel de Literatura, según anunció el lunes último esta institución, que calificó el texto de "extraordinario" y "como era de esperar, elocuente". "Ahora que el discurso se ha entregado, la aventura de Dylan se cierra", subrayó la Academia en un comunicado, tras recordar que el cantante

señaló en octubre pasado en conversación telefónica, que "no era para nada reacio a aceptar el Premio Nobel de Literatura 2016". Dylan recibió en Estocolmo el pasado 1 de abril, casi cuatro meses después de la ceremonia oficial de entrega de los galardones, a la que no había asistido, el diploma y la medalla del Nobel de Literatura, pero dejaba pendiente entregar el discurso de aceptación.



CONTRATAPA

→ VICENTE BATTISTA

Literatura y militancia

Roa Bastos recibió por sus indiscutibles méritos literarios el Premio Cervantes, pero, además de su escritura, su perfil de militancia es una fuerte marca de su figura autoral.

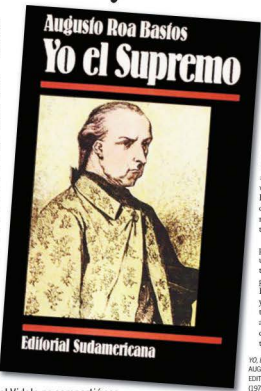
Legó a Iturbe a finales de 1917, pero pocos recuerdos guardaría de ese viaje: entonces Augusto Roa Bastos era un bebé nacido el 13 de junio de ese mismo año en el que sus padres decidieron abandonar Asunción y radicarse en Iturbe. Sin duda, recordaría sus primeros años en aquel pueblito de la región del Guairá en el Paraguay. Ahí, junto a sus hermanos, escuchó las primeras palabras en guaraní y aprendió las primeras letras en castellano. Su padre había montado un salón de clase en la casa que habitaban. Fue el padre su maestro, aunque el hombre poco tenía de docente: trabajaba en un ingenio azucarero, era un sujeto severo, de poca paciencia. Por fortuna, su madre era todo lo contrario, le gustaba por igual el canto y la lectura. Fue ella quien le acercó los primeros libros: una Biblia gastada por su uso y el teatro de Shakespeare adaptado para niños en forma de cuentos. A los ocho años, Roa Bastos conoció a su tío, el obispo Hermenegildo Roa. El cura vivía en Asunción y con gusto lo hospedaba en su casa para que de vez en vez por todas el pequeño Augusto ingresara en una escuela formal. Guardaba gratos recuerdos del obispo. Era un hombre muy dado padre. Era un sacerdote muy sereno y austero, pero respaldaba la educación de todos sus sobrinos y sobrinas que vivían en el interior. Tenía libros que estaban prohibidos, especialmente para un niño de mi edad: entre ellos de

Rousseau y Voltaire. Me decía que los leyera con mucho cuidado, pero por lo menos me dejaba hacerlo, porque era un hombre razonable e inteligente".

La Guerra del Chaco comenzó en 1932, por entonces Roa Bastos era un chico de quince años, pupilo en el Colegio San José. Se presentó como voluntario, con la fantasía de que lo enviarían a un frente de batalla; como consecuencia de su corta edad debió conformarse con ser oficial de enfermería y agutero. Esta experiencia la volcaría más tarde en su novela *Hijo del hombre*. La guerra finalizó en 1935 y aunque él ya había decidido que lo suyo sería la literatura, el trabajo de escritor no era remunerativo: a los dieciocho años supo ser empleado bancario y vendedor de chucherías, a los veinte integraba la redacción del diario *El País*, de Paraguay. En 1945 se estableció en Londres como corresponsal. André Malraux lo invitó a que viajara a Francia, en París entrevistó al general De Gaulle, más tarde recordaría: "Aquello fue muy importante para un campesino como yo que provenía de un alejado país como el Para-

"...El dictador Jorge Rafael Videla no compartió ese criterio: prohibió *Yo, el Supremo* por subversiva y ordenó que se arrestara a su autor..."

guay". *El Campesino*, así se presentaba, viajó a Alemania y desde ahí brindó una detallada crónica de los juicios que se celebraron en Nuremberg. Un año más tarde estaba nuevamente en Asunción, muy pronto se encontró militando en la clandestinidad con el fin de derrocar a la dictadura del general Higinio Morínigo. En 1947 participó en la fundación del grupo de izquierda comunista, eso significaba cárcel, tortura y tal vez muerte. Logró refugiarse en la embajada de Brasil, el siguiente paso fue Buenos



Aires. Le guardaban cuarenta y dos años de exilio.

En su valija cargaba la desesperanza, junto con su única novela publicada, *Fulgencio Miranda*, algunos pocos relatos y diversos poemas de los que más tarde renegaría. Poco material para presentarse como escritor. Los primeros años fueron de pobreza, trabajó como vendedor ambulante, con un precario ingreso y pocas perspectivas. No se amedrentó: "Me dediqué a escribir como un vehículo para recuperar mi condición humana, mi dignidad como persona". El resultado fue *El trueno entre las hojas*, un notable libro de

premio, apareció en 1974. La novela, propuesta a través de un revolucionario modo de escritura, tiene como personaje a José Gaspar Rodríguez de Francia, Dictador Perpetuo de Paraguay entre los años 1814 y 1840. *El diario El Mundo*, de España, la eligió entre las cien mejores novelas publicadas en castellano a lo largo del siglo pasado. El dictador Jorge Rafael Videla no compartió ese criterio: prohibió *Yo, el Supremo* por subversiva y ordenó que se arrestara a su autor. Esto significó un nuevo exilio para Roa Bastos: viajó a Francia, invitado por la Universidad de Toulouse para que ejerciera como profesor de literatura latinoamericana y guaraní.

El 3 de febrero de 1989, después de someter a Paraguay en una sangrienta dictadura durante treinta y cinco años, el general Augusto Stroessner huyó a Brasil. Por entonces Augusto Roa Bastos ya cargaba en su alforja importantísimos galardones, pero fue en el año de la huida de Stroessner cuando obtuvo el más importante: el Premio Miguel de Cervantes.

YO, EL SUPREMO
AUGUSTO ROA BASTOS
EDITORIAL SUDAMERICANA
(1974)

tes. "Sin duda, el retorno de la democracia a mi país tuvo

cuentos publicado en 1958, que Armando Bo llevó al cine tres años después. Las cartas estaban echadas: en 1959 con su novela *Hijo de Hombre* ganó el premio *Losada* y el Premio Municipal. *Hijo de Hombre*, en palabras de Alberto Coussé, fue "una de las tentativas más profundas que se hayan realizado para exponer el rostro vergonzante de América Latina, los subterfugos de horror sobre los que seasienta un continente colonizado y ofendido".

A partir de *Hijo de Hombre* publicó tres novelas más: *La casa baldía*, *Madrugada*, *Luz pica sobre el agua*, *Moriscidad* y *Cuerpo presente*—, su obra cumbre, *Yo, el Su-*

alco que ver con el premio", reconoció en el discurso que pronunció al recibirlo, no le faltaba razón: luego de cuarenta y dos años de exilio regresaría a su país. Se había ido un joven campesino cargado de amargura, volvía un hombre sabio, considerado uno de los grandes escritores del siglo XX que, sin embargo, no había perdido su condición de campesino. No en vano había donado gran parte del dinero obtenido por el Premio Cervantes para financiar escuelas rurales pobres y estimular la producción y la distribución de libros de bajo costo en el interior del país. Murió en Paraguay a los ochenta y siete años. Dicen que estuvo escribiendo hasta el último día de su vida.